



«He llorado cada día que he permanecido en Vietnam. Pero he llorado por América...». En la foto, Jane Fonda, durante su reciente visita a Vietnam del Norte.

nión liberal de Estados Unidos, «podríamos destruirlos en una semana», «podríamos borrar a Vietnam del Norte en una tarde» —alusión esta última no a los diques, sino a la bomba atómica; por eso ha dicho también que Vietnam del Norte no ha sufrido aún la intensidad de bombardeos que tuvo que sufrir el Japón— tienen también esa dirección. Nixon está emplazado a terminar la guerra antes de las elecciones de noviembre, o por lo menos a dar una dirección palpable y real a la paz. Aunque se insiste continuamente que McGovern no puede en ningún caso ganar los elecciones —el incidente Eagleton se ha hinchado desproporcionadamente: un problema de tráfico y unas depresiones nerviosas hace más de diez años pueden, sin embargo, ser temas populares pero desproporcionados ante la gran tragedia de la política actual—, hay menos seguridad en ello de lo que se supone. McGovern es un fenómeno relativamente nuevo, es un factor desconocido, y no se sabe todavía cuál puede ser su alcance, al menos de que realmente Nixon ofrezca algo sustancial. Nixon ganó sus elecciones hace cuatro años con la promesa de la paz, de la retirada, de lo que se llamó «el descompromiso» y, por el contrario, la guerra se ha endurecido, se ha extendido a toda la península Indochina y sigue amargando la vida nacional. Por eso esta aproximación a los diques, por eso la repetición de los bombardeos sobre Vietnam del Norte y sobre Hanoi. Es curioso que Nixon haya evocado como superiores los bombardeos sobre Alemania durante la guerra mundial, porque no lo fueron. Ni siquiera sobre Gran Bretaña Recordemos el bombardeo de Coventry por los alemanes. De la destrucción de aquella ciudad quedó un verbo, en idioma inglés: «to coventry», «coventrizar». Es decir, destruir una ciudad mediante un bombardeo aéreo. La semana pasada hubo en un solo día dos bombardeos sobre Hanoi: en cada uno de ellos la intensidad de los explosivos lanzados era equivalente a cuatro veces el bombardeo de Coventry. Es indudable que Nixon está buscando una aceleración del fin de la guerra por la misma vía por la que la buscó el Presidente anterior.

El enfrentamiento con las Naciones Unidas es ya antiguo. Lo ha puesto de manifiesto el propio Nixon al referirse no solamente a Waldheim, sino a su predecesor, el casi mártir de la diplomacia internacional U Thant. A partir de él comenzó el distanciamiento de los Estados Unidos y la ONU; antes había sido la época del distanciamiento entre la ONU y la Unión Soviética (los secretarios generales Trygve Lie, por la cuestión de Corea, y Hammarskjöld, por la del Congo). Probablemente la personalidad de los secretarios generales no cuenta tanto como ciertos cambios históricos. La ONU, creada prácticamente por los Estados Unidos y en su propio territorio, con una abundancia de votos a favor durante la guerra fría, vino a cambiar de signo con la entrada masiva de los nuevos países procedentes de la descolonización —los neutralistas, el bloque afroasiático— y con la nueva política de coexistencia de la Unión Soviética. El cambio ha sido más notable desde la entrada de China, que los Estados Unidos han apoyado porque ya habían sido engarzados en el cambio de los tiempos. Aunque todavía ejerce una influencia considerable la presión de Washington, la ONU está dejando de ser un instrumento de los Estados Unidos, y esto forma parte de una pérdida de prestigio global como consecuencia directa de la guerra de Vietnam, y ello en dos sentidos opuestos: una pérdida de prestigio moral, por una parte, y una pérdida de prestigio militar —o de eficacia— por otra. Es, como dice Jane Fonda, una tragedia americana.

Los Contem pora neos

LAS ESPAÑAS, LOS DIFERENTES Y LOS PROFETAS DEL PASADO

Una cuestión que preocupa: ¿cuántas Españas hay? La tradición romántica (Larra) y la noventayochista (Machado) dice que dos, la nueva escuela dice una, y la novísima —la de los modernistas— dice que tres; se habla de una tercera España que sería neutralista. El señor Gallego Morell, de «Informaciones», cuenta muchas más —aunque él se declara de la escuela uniuquista—: la España de don Quijote y la España de Sancho, la de El Escorial y la de la Alhambra (o sea, la de la severidad y la de la voluptuosidad). También hay la España de don Cicutu y la España de Kiko Ledgarde, que son en la televisión como lo apolíneo y lo dionisiaco (¿cuántas Grecias había?) y, por el momento, la España de Spassky y la de Fischer, que son como Ormuz y Arimán (¿cuántas Persias había?).

Personalmente me inclino a creer que el número de Españas es variable en razón de las alteraciones demográficas. Debe haber en estos momentos —no tengo a mano las últimas estadísticas— unos 33.000.000 de Españas. Ya sé que se me puede acusar de caer en el mito del individualismo español (aquí, haga uno lo que haga, cae siempre en un mito: el país está minado de mitos que explotan fácilmente debajo de los pies), y recuerdo ahora haber leído en alguna parte uno de los argumentos más impresionantes contra el mito del individualismo: ¿cómo se puede acusar de individualista —decían aquellas líneas— a un país que ha inventado la Guardia Civil y la Compañía de Jesús? Pero si la Guardia Civil sigue unívoca, en cambio, en la Compañía de Jesús, hay desde hace tiempo algunos murmurillos que... Y, bien mirado, si se apuran un poco mis contradicciones, se verá que no soy individualista. En el fondo, yo tampoco creo más que en una sola España: la España de Pozuelo (¡qué paraíso!). Pero hay mucho anti-pozuelismo subversivo y solapado por ahí (jese Sixto Cámara!), capaz de maniobras de división... ¡Cuánta conjura!

El otro de los dos mitos combatidos por el señor Rodríguez de Valcárcel en su discurso conmemorativo de Balmes (que también creía en la España única y por eso se oponía encarnizadamente

a la España del profesor Sanz del Río) es el muy recientemente desenterrado de que España es diferente. Estoy de acuerdo. Siempre he creído que los diferentes son los otros. ¿Cómo vamos a ser diferentes nosotros, si somos nosotros? Creo que es un asunto bíblico («España es una nación bíblica», se ha dicho hace un par de meses) que comenzó con la torre de Babel, cuando se confundieron las lenguas al separarlas del castellano. No estoy seguro de si en este aspecto sigo bien la línea del señor Valcárcel, pero estoy bastante seguro de que sigo la de Balmes. El sacerdote de Vich ya se encontró con algunos de estos enigmas en la primera mitad del siglo XIX. Por eso escribió su «Protentantismo, comparado con el catolicismo en sus relaciones con las civilizaciones europeas», para oponerse a la «Historia de la civilización europea», de Guizot. Balmes explicaba entonces que el protestantismo no ha hecho progresar las formas de civilización, sino que las ha entorpecido. Era un clarividente. Un profeta.

Es otra materia en la que España está bien dotada: los profetas. Los más sorprendentes, los más originales, son los profetas del pasado. En otro país, en un país de los diferentes, estos profetas del pasado estarían ya becados, subvencionados, promocionados. Aquí tienen que vivir exclusivamente de sus cargos. Los profetas del pasado emiten juicios como estos que, modestamente, imito: «Se nos avecina un nuevo 1743». «Estamos en vísperas de un 4 de enero de 1822». «Hay que hacer lo posible para evitar que se repita lo de la noche de San Juan Bautista». También estos profetas del pasado saben cómo atacar a sus enemigos: «Aquél quiere reproducir lo del 9 de febrero de 1498; pero el otro nos pretende situar en un 5 de marzo de 1622...». ¡Admirables criaturas! En los profetas del pasado está, indudablemente, nuestro porvenir.

POZUELO